



Santa Ana, 12 de Agosto de 1920

SANTA ANA, EL SALVADOR.
C. A.

General Alvaro Obregón.

Méjico.

No tengo el honor de conocer a Ud nada mas que por periódicos y por literatura. En las columnas del Diario de Occidente de esta ciudad, hemos publicado algo de lo suyo que verdaderamente satisface. Es Ud poeta y guerrero, como las dos cosas le abraza un proscrito de las playas de Nicaragua.

El infortunio me trajo aquí, en donde ocupo un puesto en el Gobierno patriota del Señor Meléndez, pero créame distinguido General que le ofresco de corazón mi humilde contingente en esa hermosa tierra Mejicana.

Soy ya hombre formal, tengo una esposa y

al

Mayor Francisco Lazcano
Agregado Militar de México
en Centro América.

Pasajes de la revolución mexicana

TRINIDAD. — SANTA ANA

Por el general Alvaro Obregón

*División de Armas
de Santa Ana
El Salto*

La noche pasaba en relativa calma, dejándose oír, solamente, disparos aislados de fusil en distintos puntos de la línea de uno y otro campamento, que, como señales de alerta!, daban por las noches a las tropas cuando no se combatía.

A las tres de la mañana fuimos despertados por el fuego que el enemigo abría por nuestro flanco izquierdo, generalizándose rápidamente en toda nuestra línea, aunque siendo un poco menos intenso en nuestro flanco derecho.

La forma en que ese combate se inició, me hizo suponer desde luego que se trataba de un combate general, y desde aquel instante se empezó a sentir inusitada actividad en nuestro campamento. Los toques de clarín de asaltantes y defensores se dejaban oír distintamente hasta el Cuartel General, ordenando siempre: ¡Fuego! ¡Fuego!, y en pocos momentos la acción tomó las proporciones que yo esperaba.

Cuando amaneció, el combate era reñidísimo, haciéndose incesante el fuego de ametralladoras, fusilería y cañones, pudiendo, entonces, notar que una columna de caballería hacía un movimiento sobre nuestra extrema izquierda.

Al iniciarse el combate comuniqué a los generales Murguía y Castro, a fin de que estuvieran enteramente listos para recibir órdenes, y al notar el avance de la columna de caballería sobre nuestro flanco izquierdo, para amagar nuestra retaguardia por Santa Ana, ordené al General Murguía que, con toda actividad, se movilizara con las fuerzas de su División a aquella hacienda, y al General Castro que con su División, marchara a acamparse en la hacienda Los Saucés.

El combate continuó con igual encarnizamiento hasta las 9 a. m., hora en que las columnas de infantería enemigas, se replegaban a sus posiciones, muy diezmadas, pues habían dejado en el campo gran número de muertos y heridos; continuando un fuego menos intenso, y a una distancia que lo hacía casi inofensivo. La artillería enemiga, continuaba haciendo fuego nutrido sobre nuestras posiciones.

A esa hora recibí un parte del General Jesús S. Novoa, comunicándome que la hacienda Santa Ana empezaba a ser atacada por una columna enemiga, y que otra columna menor numerosa hacía un movi-

nimiento envolvente, a distancia, amagando colocarse a su retaguardia. Ese parte lo comuniqué al General Murguía para que activara su marcha a Santa Ana. 3

A las 10 de la mañana se me informó de Silao y de Nápoles, que una fuerte columna de caballería enemiga avanzaba sobre aquellas estaciones y que estaba ya a la vista el grueso de dicha columna. En aquellos momentos quedaron interrumpidas las comunicaciones, pues los villitas quemaron las estaciones de Silao y Nápoles; y todos los puentes de aquel tramo, destruyendo también la línea telegráfica.

El General Maycotte, que se había incorporado procedente de Puebla el día 29 de mayo, y que todavía encontrábase curando de la herida que recibiera en el combate del día 12 del mismo mes, estaba en Silao con 200 hombres de su brigada. Encontrábanse también en el hospital de Silao algunos heridos y enfermos de nuestras infanterías, entre ellos el Coronel Francisco R. Noriega, jefe del 2º batallón de Sonora, quien al tener conocimiento de la aproximación del enemigo, abandonó su cama y se hizo seguir de ocho heridos más, que se encontraban en condiciones delicadas, saliendo pie a tierra, resueltos, hasta las orillas de la población, donde tomaron posiciones en tiradores, y resistieron con admirable heroísmo, hasta que todos ellos fueron muertos en sus respectivos sitios. En el hospital de Silao el teniente Coronel Cenobio Ocha, con dos de sus oficiales, y éstos lograron escapar, haciendo su marcha a Trinidad a pie, por lejanos caminos que les ofrecieron más seguridades. El General Maycotte logró salir de la plaza con la mayor parte de su gente, batiéndose en retirada rumbo a Irapuato.

(Continuará)

Pasajes de la revolución mexicana

TRINIDAD — SANTA ANA

Por el general Alvaro Obregón

(Continúa.)

Por la noche, pudo notarse que el enemigo retiraba gran parte de sus contingentes que tenía a retaguardia de Santa Ana, cargándolos a nuestro flanco derecho para reforzar las tropas que desde el día anterior se habían reconcentrado en la hacienda de Duarte; y, de esa manera, fué posible la salida de emisarios de nuestro campamento, llevando pliegos míos para los generales Maycotte, Amaro y Quiroga (éste último marchaba de Guadalajara a nuestro campamento, cuando fué ocupado Silao por el enemigo, y yo suponía que estuviera reconcentrado en Irapuato,) en cuyos pliegos les daba instrucciones de reunir sus fuerzas y marchar a nuestro campamento por el camino de Romita, para ordenarles un movimiento sobre Silao, en la forma que fuera conveniente.

Esa misma noche mandé recado al general Murguía, confirmándole mi aviso de que a las primeras horas del día siguiente, me trasladaría a la hacienda Santa Ana, para ultimar en detalle, la forma en que debería emprenderse el movimiento de ofensiva, que ya teníamos concertado.

Decidido a emprender la ofensiva el día 4, en la misma noche del 2, ordené que se trazara un cuadro de 300 metros por lado, teniendo como centro la estación, y que se abrieran loberas sobre las líneas de dicho cuadro, para cubrirlo con la fuerza que debería quedar como resguardo de nuestros trenes, al iniciar nosotros la ofensiva, para el caso de que el enemigo que quedaba a retaguardia pretendiera apoderarse de ellos. Para distraer el menor número posible de nuestras tropas de ataque, la guardia para nuestros convoyes, sería completa con todos los miembros de la columna, que no tuvieran servicio en las trincheras, tales como ambulantes del servicio sanitario, telegrafistas militares, ordenanzas del Cuartel General, personal de la Proveduría y de la Pagaduría, etc., etc., quienes gustosos se prestaron a tomar colocación en las loberas en que habían de repeler cualquier intento del enemigo sobre nuestros trenes.

El día 3, muy temprano, marché a Santa Ana, acompañado del general Diéguez y algunos jefes y oficiales de nuestros respectivos Estados Mayores. Llegamos a dicha hacienda a las 7 a.m., y en seguida de desmontar, subimos al torreón de la finca principal, que sirve de mirador, donde ya se encontraban los generales Murguía, Castro y Lejo González. Aquel sitio ofrecía un magnífico punto de observación, de donde podían verse con toda claridad los movimientos y colocación del enemigo. Este había suspen-

dido sus asaltos a la hacienda y se concretaba a hacer fuego poco nutrido por el frente, y con algo más de intensidad por el poniente de la hacienda. Sin embargo, la situación allí se hacía cada vez más crítica, por la absoluta falta de agua, pues aunque la bomba que proveía de este líquido a la hacienda, y que estaba instalada en el valle, había sido puesta en funcionamiento por los nuestros, el agua no llegaba a la finca, porque un tramo de la tubería que la conducía, que daba sobre el nivel del suelo y había sufrido por los proyectiles un sinnúmero de perforaciones, por las que se escapaba el agua.

Habíamos resuelto ya la hora y forma en que debería efectuarse el asalto sobre el enemigo, y dábamos por terminada la observación, siendo un poco antes de las nueve de la mañana, cuando descubrimos una columna que se aproximaba a paso veloz, y pocos momentos después pudimos distinguir claramente que era artillería la que con tanta precipitación hacían avanzar los villistas rumbo a la hacienda.

Como en aquellas posiciones no teníamos artillería y ellas ofrecían un magnífico blanco al enemigo, comprendí, desde luego, que sus fuegos serían eficaces, por lo que ordené a los generales Murguía y Castro, que hicieran salir violentamente todas las caballerías e impedimentas que había en las cuadras de la finca, y cuyo número pasaba de mil dragones.

Descendimos luego del torreón, para que cada quien tomara su colocación, pues teníamos ya la certeza de la proximidad de una seria batalla.

Las caballerías e impedimentas, empezaron a hacer retirada con toda actividad, marchando el general Castro a donde se encontraban sus tropas, y el general Murguía hacia la línea de fuego, al Oeste de la hacienda, cubierta por el 20º batallón de Sonora; mientras que el general Dieguez se dirigía a Trinidad, y yo mandaba retirar nuestros caballos a retaguardia de la hacienda. Entonces seguido del general Serrano, del coronel Piña, de los tenientes coroneles Jesús M. Garza y Aarón Sáenz, de los capitanes Ezequiel Ríos y Rafael Valdés, y de algunos otros miembros de mi Estado Mayor, me dirigí a las trincheras del frente, que estaban ocupadas por soldados del 8º batallón de Sonora.

(Continuará)

Pasajes de la revolución mexicana

TRINIDAD. — SANTA ANA

Por el general Alvaro Obregón

(Continúa.)

Nuestras caballerías terminaron su reconcentración en Santa Ana a las 6 de la tarde, siendo allí reforzadas con las brigadas de los generales Rómulo Figueroa, Porfirio G. González y Jesús S. Novoa, procediendo desde luego, a reorganizarse y tomar posiciones tras las cercas de piedra que existen en la misma finca, para resistir cualquier ataque del enemigo, que quedó acampado a corta distancia. Por la noche las fuerzas del general Pedro Morales, que habían sido situadas en La Loza, fueron atacadas por el enemigo, y ordené que se reconcentraran al rancho de San Gregorio, y de allí a Santa Ana.

En la retirada de nuestras caballerías tuvimos que lamentar muy serias pérdidas, figurando entre los muertos los coroneles Díaz Couder, de la División del general Murguía, Cirilo Elizalde, de la Brigada «Antúnez».

Al oscurecer, el enemigo tomó posiciones, formando un semicírculo a la hacienda de Santa Ana, dejando sólo en descubierto, la parte que quedaba frente a la línea que del cuadro de infantería ocupaba el coronel Enríquez, con el batallón «Supremos Poderes».

Ese día ordené al teniente coronel Salinas que mandara emplazar, dentro de nuestro cuadro y frente a San Gregorio (pequeño rancho que forma un triángulo con Santa Ana y La Loza), 4 cañones. El teniente coronel Salinas era ya el Comandante General de la artillería expedicionaria, por disposición del Cuartel General, dictada el 24 de mayo, para sustituir al general Kloss, quien fué comisionado para salir a Guadalajara, a encargarse de la fabricación de granadas para nuestra artillería.

Con el dominio de nuestras caballerías por la columna de caballería enemiga, la situación se había hecho bastante crítica, y me presentaba un problema de difícil solución: tomar la ofensiva al siguiente día era casi imposible, debido

a las condiciones en que habían quedado nuestras caballerías, dentro del cuadro de la infantería, para darles descanso y municiones, era inconveniente dada la necesidad que tenía mos de conservar aquella hacienda, por ser una de las posiciones más ventajosas, así como porque, en nuestro campamento se carecía en absoluto de forrajes, y era escasa el agua para un número tan crecido de hombres y caballos; mandar refuerzos de infantería a Santa Ana, era posible solamente retirando algunos batallones de la línea de fuego; y de cualquier manera, dejar en peligro dicha hacienda era provocar un fracaso. En esa difícil disyuntiva, resolví al fin evacuar la hacienda El Resplandor, y retirar las infanterías que se encontraban tendidas desde esa hacienda hasta frente a Santa Ana, para reforzar con ellas ésta última, que es una posición que domina perfectamente el valle, y con ella estábamos en condiciones ventajosas para iniciar desde allí la ofensiva, cuando el enemigo hubiera ocupado las posiciones que evacuarían nuestros soldados esa noche.

Tomada tal resolución, inmediatamente dí las órdenes para que esa misma noche se llevara a cabo la retirada de nuestras tropas de El Resplandor, y se hiciera su concentración a Santa Ana; y como se tratara de un movimiento tan delicado e importante, comisioné al teniente coronel Aarón Sáenz y al capitán 1º Benito Ramírez G., ambos de mi Estado Mayor, para que personalmente vigilaran la ejecución de mis órdenes, hasta quedar terminada la reconcentración a Santa Ana de los batallones 8º y 20º de Sonora, que deberían retirarse de El Resplandor.

Ese movimiento se llevó a

(Continuará)

Pasajes de la revolución mexicana

TRINIDAD. — SANTA ANA

Por el general Alvaro Obregón

(Continúa.)

Ese movimiento se llevó a cabo con todo sigilo y rapidez durante la noche, hasta las dos de la madrugada.

Aquella misma noche llegaron a mi Cuartel General, los generales Murguía y Castro, y después de narrar con entereza y claridad los acontecimientos del día, se regresaron a sus campamentos, yendo satisfechos por la determinación tomada por mí, de reforzarlos con infanterías para que, aunque fuera por partes, dieran el necesario descanso a sus caballerías. En la misma noche, el general Murguía me hizo un pedido de cartuchos y provisiones, habiéndole remitido reducidas cantidades de una y otras, debido a que estos elementos empezaban ya a escasearse en nuestros depósitos.

En el transcurso de la noche fueron continuos y a veces muy nutridos los tiroteos en diversos puntos de la línea, aunque no llegaron a tener las proporciones de un ataque formal. Nuestras posiciones de Santa Ana no fueron hostilizadas.

En el día de los acontecimientos relatados pudimos darnos exacta cuenta del efectivo del enemigo, debido a que de los puntos dominantes en que estaba emplazada nuestra artillería, y de las posiciones del general Martínez observamos perfectamente bien los movimientos y la importancia de las columnas que los hacían.

Al amanecer del día 2, los villistas cargaban sobre Santa Ana, haciéndolo con tal brío que lograron llegar muy cerca de las posiciones que ocupaban nuestros soldados, dejando un número de muertos al ser rechazados por el 20º batallón de Sonora, colocado allí de antemano por el general Murguía.

Al darse cuenta el enemigo de que la hacienda El Resplandor había sido evacuada por nuestras tropas, se posesionó de ella y extendió sus líneas por donde estaba la nuestra, hasta frente a Santa Ana.

El combate en Santa Ana continuaba, aunque con menor intensidad que el día anterior, y no dejaba de hacer fuego la artillería que el enemigo tenía emplazada frente a la nuestra, que estaba al poniente de la estación Trinidad, dirigiendo sus disparos sobre nuestros trenes, aunque menos nutrido que el día anterior.

A las 12 m. empezó a hacer un serio movimiento sobre nuestro flanco derecho, concentrando un gran número de fuerzas de las tres armas, en la hacienda de Duarte, y procediendo, desde luego, a em-

plazar su artillería frente a las posiciones que ocupaban los batallones 1º y 21º de la Primera División, y el 5º y el 16º de la Segunda División.

Como nuestro movimiento de ofensiva habría de iniciarse por la hacienda de Santa Ana ordené al general Hill que movilizara más infantería a dicha hacienda, y, al efecto, dispuso desde luego que fracciones de diferentes batallones, sumando 600 hombres, marcharan a las órdenes del teniente coronel Fernando F. Félix, jefe del 17º batallón «Alfredo Murillo».

Como el general Murguía manifestara su deseo de atacar al enemigo que tenía enfrente le dirigí la siguiente comunicación:

«Estoy preparando un plan de ataque, que llevaremos a cabo pasado mañana y que acabaré de resolver mañana, en vista de las fases que tome el combate. En tal virtud, se servirá Ud. no efectuar el movimiento ofensivo que tenía pensado desarrollar mañana sobre el enemigo. Con el teniente coronel Fernando F. Félix remito a usted 600 infantes, y mañana temprano pasaré a esa a cambiar impresiones, respecto al plan que pienso desarrollar. Hago a Ud. presentes las seguridades de mi distinguida consideración y particular aprecio. Constitución y Reformas. Cuartel General en Estación Trinidad, Gjto., a 2 de junio de 1915. El general en Jefe, Alvaro Obregón. Al C. General Francisco Murguía, Jefe de la 2ª División de caballería del Noroeste. En su campamento en hacienda Santa Ana del Conde. Gjto.»

A pesar de que la situación era para nosotros muy comprometida, por estar completamente sitiados por un enemigo de indiscutible superioridad numérica, siendo dueños solamente de una llanura en que no había más elementos que los que habíamos logrado acumular del Sur, antes de ser cortada nuestra retaguardia, los que rápidamente iban agotándose, nuestros soldados se conservaban en un estado magnífico de ánimo y con una fé inquebrantable en el triunfo sobre sus adversarios.

(Continuará)

Pasajes de la revolución mexicana

TRINIDAD. — SANTA ANA

Por el general Alvaro Obregón

(Continúa.)

El sacrificio del coronel Noiega y sus valientes compañeros no fué estéril, pues su actitud desconcertó al enemigo, que, al sentir resistencia, empezó a tomar dispositivos de combate, perdiendo con esto el tiempo, que hábilmente era aprovechado por el capitán Palma, jefe de trenes militares, para sacar todos los trenes que había en la estación, conteniendo provisiones, pertrechos, pagadurías y hospitales; habiendo quedado, solamente, dos carros con impedimentas y mujeres de los batallones de juchitecos, y un carro que era taller para fabricación de bombas para los tubos lanza-bombas «Mariñelarena» y que, por lo tanto, contenía materias explosivas. Esos tres carros fueron incendiados por los villistas, habiendo muerto quemadas algunas de las personas que los ocupaban y que no tuvieron tiempo de escapar, las que, afortunadamente, fueron en muy corto número.

El enemigo posesionado de la plaza, pasó por las armas a algunos de nuestros heridos que cayeron en su poder, así como a nuestros soldados y oficiales que fueron hechos prisioneros y al telegrafista Vicente Coria, de la sección telegráfica de mi Cuartel General, quien atendía la oficina telegráfica de la estación de Silao, en los momentos del asalto. Los telegrafistas militares Benito Ramos, señora Macrina Lara y Pedro R. Torres, que también estaban de servicio en Silao, en aquellos momentos se vieron en grave peligro de caer en poder del enemigo y sólo por circunstancias casuales lograron escapar. El comportamiento de todos ellos fué digno de elogio, pues mantuvieron la comunicación hasta los precisos momentos en que el enemigo llegaba a la estación, cuando ya la ciudad estaba en su poder, y aun cuando hubieran podido escapar oportunamente en alguno de los trenes que salieron rumbo a Irapuato.

El enemigo incendió la estación, los carros que en ella se encontraban y los depósitos de aceite, y, dejando una regular guarnición marchó a incorporarse al grueso de la columna, que a las órdenes directas del llamado general Villa, atacaba a nuestras caballerías en Nápoles.

A esa hora, y cuando las columnas de humo que levantaban los incendios en Silao,

indicaban al enemigo atrincherado a nuestro frente, que nuestra vanguardia había sido cortada por sus compañeros, reanudaron sus asaltos sobre nuestras posiciones del frente; asaltos en que siempre fueron rechazados por nuestras infanterías, causando fuertes pérdidas a los traidores.

Como a las 10 y 30 a. m. el combate había tomado su mayor proporción, entrando en acción, excepto pequeñas fracciones todos los contingentes de ambos ejércitos; pero a poco, las infanterías que atacaban nuestro frente y nuestros flancos, ya muy quebrantadas y diezgadas en sus inútiles esfuerzos por tomar nuestras trincheras, empezaron a desistir de su empeño, replegándose a sus antiguas posiciones.

Continuaba encarnizado el combate que libraban nuestras caballerías, desde la hacienda Santa Ana y la de La Loza, hasta los cerros que quedan al Sur la estación de Nápoles, a donde las caballerías habían sido ya rechazadas por el enemigo, después de desalojarlas de sus posiciones, en la vía del ferrocarril y de la hacienda de Nápoles.

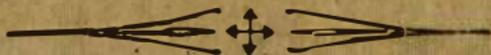
A poco, nuestras caballerías eran atacadas vigorosamente en los cerros al Sur de la estación de Nápoles, obligándolas a batirse desesperadamente en retirada, palmo a palmo, hacia la hacienda de Santa Ana.

Para proteger la retirada de los generales Murguía y Castro, de la que tuve conocimiento por parte que me rindió el general Murguía diciéndome que era tal el ímpetu con que cargaban los villistas, que era difícil contenerlos, ordené la movilización de la brigada de caballería del general Pedro Morales, reforzada con el regimiento a las órdenes del coronel Cirilo Elizalde, cuya fuerza llegó hasta la hacienda La Loza.

Por nuestro frente y nuestro flanco izquierdo, había perdido intensidad el combate, y sólo el fuego de artillería continuaba incesante.

(Continuará)

¡Fuegos fatuos! 9



Quando el alma del cuerpo se desprende
y en el espacio asciende,
las bóvedas celestes escalando;
las almas de otros mundos interroga
y con ellas dialoga,
para volver al cuerpo sollozando:
sí, sollozando al ver de la materia
la asquerosa miseria,
con que la humanidad en su quebranto,
arrastra tanta vanidad sin fruto,
olvidando el tributo
que tiene que rendir al camposanto.

Allí donde el «monarca y el mendigo»
uno de otro es amigo;
donde se acaban vanidad y encono,
allí donde se junta al opulento
el haraposos hambriento
para dar a la tierra el mismo abono.

Allí todo es igual; ya en el calvario
es igual el osario;
y aunque distintos sus linajes sean,
de hombres, mujeres, viejos y criaturas,
en las noches oscuras
los fuegos fatuos juntos se pasean.

ALVARO OBREGÓN

Huatabampo, México, febrero 23 de 1920.

Santa Ana, 9- de - Sep-----de 1920-

10

Sr Gral Dn

Alvaro Obregón =

Mexico =

=====

Distinguido Gral:

"La Prensa" de la capital que vino ayer aquí y la cual me doy el alto honor de remitirle por separado, nos trajo la grata nueva de que había sido Ud electo Presidente de esa adorada República que ya ocupa puesto de honor en el Continente.

Tal noticia para un jóven de ideales como soy yó y que con mucha anterioridad simpatisaba con su persona segun se lo manifesté en mi carta certificada que remitile hará un mes, ha sido motivo de regocijo completo al grado de que en esta su humilde casa amiga, estamos desde ayer de fiesta.

Hoy mismo le dirijí una carta al Mayor Lazcano amigo mio suplicandole hacer una visita de felicitación en mi nombre y rogandole mucho, que me ponga a sus incondicionales ordenes en esta República y en esa.

Soy querido Gral hombre de afecto, me

y que mi r

v sinceramente.

Ignacio Dalmas

Recibir' mi
en olvido

no se
no

ARCHIVO FERNANDO TORREBLANCA
FONDO ÁLVARO OBREGÓN

CONSTANCIA DE RETIRO DE FOTOS

FONDO: 11

SERIE: 030500

GAVETA: 26

EXPEDIENTE: 1391

LEGAJO: 1

INVENTARIO: 4265

NOMBRE DEL EXPEDIENTE: SALINAS, José Ignacio

Nº DE FOTOS: 1

FORMATO: 5 cm x 6 cm

LUGAR:

FECHA:

FOTÓGRAFO:

FOTOTECA: AFT

GAVETA:

ALBUM:

ASUNTO: José Ignacio Salinas, Director de la Penitenciaría Occidental de Santa Ana en El Salvador, ofrece al Gral. Alvaro Obregón sus servicios y le envía recortes de prensa y una fotografía de él, su esposas y su hijo.



militar Mejicano Gal
lerna y Espada.
no admiradores.

~~Ignacia Dalmás y f^a~~

- Nicaragüense.

tradoreño =

. 1920.